

TRAS LA PANTALLA

GALERIA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS



Vivian Martín

CUADERNO Nº 71

35 CTS



EL PRÓXIMO CUADERNO:

HARRY PIEL

EL INTRÉPIDO ACTOR DE
ARRIESGADÍSIMAS ESCENAS.
SU VALOR INDOMABLE : SU
VIVIR ATREVIDO : RASGOS CA-
RACTERÍSTICOS DE SU PER-
: SONALIDAD ARTÍSTICA :

EN PREPARACIÓN:

Bebé Daniels - Georges Biscot
Pola Negri

Año III

BARCELONA 26 AGOSTO 1922

CUADERNO 71

TRAS LA PANTALLA

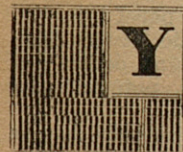
GALERIA DE ARTISTAS CINEMATográfICOS

VIVIAN MARTÍN

POR

SILVIO H. MONTAGUD

«CORAZÓN DE MUÑECA»,
UNA DE LAS CREACIONES
MAGISTRALES DE LA AC-
TRIZ :: :: :: :: :: ::



Y A conocíamos a Vivian Martín por producciones anteriores. Ya casi nos era familiar su gracia alada y sutil, llena de una sabrosa ingenuidad.

Nosotros siempre hemos sido unos fervientes enamorados de este arte sencillo de las artistas cinematográficas americanas, que tan maravillosamente saben darnos en la pantalla una sensación de infantilidad.

Nosotros amamos sus figuritas menudas y delicadas, sus rostros puros y risueños y su agilidad y su travesura de niñas. Y amamos también sus limpios vestidos blancos, con los que se nos aparecen más encantadoras y más amables todavía, obligándonos a admirar esa facilidad con que se desprenden de las pieles lujosas y de las alhajas y de las sedas lujuriantes que cubren sus cuerpos en su vida ordinaria.

Un día vimos a Vivian Martín interpretar el papel de la película «Corazón de Muñeca». Y en verdad afirmamos que no se podía hacer más en ese arte simple y humano; no se podía derrochar más gracia ni más encanto en una creación.

¿Recuerdan ustedes a Mabel Normand en «Mickey», a Margarita Clark en «La señorita Washington»? ¿Recuerdan ustedes su gracia de niñas traviesas unidas a un principio de coquetería de mujercitas?

Así Vivian Martín en la película que nos ocupa.

No nos gusta hacer comparaciones, somos refractarios a comparar entre sí el arte de los actores.

Si ahora hemos citado a las dos actrices popularísimas ha sido solamente para dar a nuestros lectores una ligera impresión de lo que el arte de Vivian Martín significa en esta película.

Hemos querido solamente señalar sus puntos de contacto con las dos producciones indicadas.

Deseamos solamente que aquellos de nuestros lectores que no hayan visto la película se formen una idea aproximada de la manera de trabajar en ella de la actriz cuya biografía vamos a trazar a grandes rasgos.

«Corazón de muñeca», por su argumento, es una deliciosa historia de amor de esas que cautivan y encantan.

De vez en cuando una nota sentimental pone una pequeñísima cantidad de emoción en el alma de los espectadores. Pero no es más que un momento. Pronto la gracia alada de su protagonista se vuelve a apoderar de los públicos y la sonrisa brota espontánea en todos los labios.

Tiene Vivian Martín en esta película momentos de una sencillez tan natural, que, sin darnos cuenta olvidamos la ficción y se nos imagina estar viendo por el agujero de una cerradura a un matrimonio recién casado, entregado completamente a las expansiones íntimas.

¡Tal es la naturalidad de la actriz al interpretar su papel!

No queremos decir que sea ésta la mejor creación de Vivian Martín, pero sí estamos seguros de que por lo menos es una de las que la actriz interpretó con más cariño y más entusiasmo, porque mejor que otras se amoldaba a su temperamento.

Por lo menos, entre todas las que le hemos visto ha sido ésta la que más nos ha gustado.

✂ ✂ ✂

EL VIVIR DE VIVIAN MAR- TIN CONTADO POR UN PE- RIODISTA AMERICANO :: ::

Un periódico americano nos brinda unas líneas que van desbrozando el camino que pensamos seguir. En ellas, concisamente, el periodista nos muestra varios aspectos de la vida de Vivian, los cuales, por juzgar que serán de gran interés para nuestros lectores nos apresuramos a reproducir:

«Michigan es muy célebre por la calidad y cantidad de maderas que produce.

A esa especialidad debemos añadir en favor de la zona rica por excelencia el hecho de haber sido la cuna donde abrió por primera vez los ojos a la luz—aquellos sus divinos ojos—la espiritual y bellísima Vivian Martín.

La historia artística de esta encantadora mujer empieza a interesar desde muy atrás, puesto que se inició en el teatro hablado cuando apenas contaba seis años de edad, debutando en la inmortal obra del malogrado Edmond Rostand «Cyrano de Bergerac» en la compañía que dirigía el actor Richard Mansfield.

Podemos, por lo tanto, decir que a Vivian Martín le nacieron los dientes en el teatro y que ella propia nació para ello, ya que luego fué en los escenarios donde obtuvo los más ruidosos triunfos artísticos.

De tal modo se volvió popular que los más exigentes empresarios y directores de compañías teatrales pusieron en juego todas las astucias, todas las combinaciones para obtener un contrato de aquella muchacha que tan brillantemente había comenzado su carrera.

—Todavía me acuerdo—dice la actriz—del traje que llevaba cuando debuté con «Cyrano»... Era de velludo negro, amarrado con cintas y gorra de riendas. Me encontraba a gusto con aquel traje y muy segura de mí misma, acostumbrada como estaba a la vida de entre bastidores, pues mi padre era actor. Pero cuando ví al señor Mansfield con aquella enorme nariz, lo desconocí, y cuando me quiso tomar

en sus brazos, abrí la boca y grité y lloré con todas mis fuerzas. Muy bondadoso, mi director me hizo abrazar a su cuello, me llevó a su cuarto, se quitó la gran nariz de cartón y me enseñó el rostro. Entonces me tranquilicé e interpreté a conciencia mi papel, que tenía su punto culminante en la escena de la panadería.

Como es lógico, después de los grandes éxitos teatrales, estaba asegurada su entrada en el cinematógrafo, y así, de tal modo la convencieron los magnates de este arte, que la persuadieron a firmar un contrato con Oliver Morosco, en cuya compañía hizo las primeras películas de su vida.

De allí pasó a trabajar bajo la bandera de la Paramount, donde alcanzó las más altas glorias y la más extensa popularidad de su carrera.

Trabajó en esta última manufactura al lado de los artistas más renombrados, incluyendo Colin Chase, Herbert Standing, Thomas, Holding, Jack Pickford, etc., siendo una de sus mejores producciones y la que le dio más renombre, la titulada «El modelo de cera», obra escrita por Vere Taylor, el notable psicólogo.

En esa película desempeña Vivian el papel de hija de una bella bailarina parisién, que desde niña tuvo que hacer frente a todas las desdichas y dolores que nos proporciona el mundo, cuando nos falta el amparo de alguien que por nosotros se interese.

Para ganar los medios de subsistencia, se hizo modelo de artistas.

Cierta vez sirvió de modelo a un gran artista para una estatua.

Un inglés, joven y rico, vió la imagen y se sintió preso en las redes de su belleza, locamente enamorado de sus formas. Quiso a todo trance conocer a la mujer que había servido de modelo a obra tan originalmente perfecta.

La encontró por fin, pero la vida de orgía y disipación en que la joven se va hundiendo lentamente, desilusiona poco a poco al inglés, quien se hastía de ella justamente cuando la muchacha adivinaba que en su corazón habían brotado las raíces de un intenso amor por el hombre que ella no había sabido comprender.

El final es extremadamente emocionante y sensacional.



Vivian Martin

Caricatura de Jarefa

En su vida privada es Vivian una encantadora mujer.

Perfecta conocedora del arte culinario, su gran placer consiste en hacer ella misma sus guisados, y gusto mucho de transformarse en cocinera, ciertamente gentilísima, de sus invitados, que nunca se hacen de rogar cuando ella les proporciona la ocasión de un lugar en su mesa.

De tal modo esos invitados elogian y proclaman las habilidades cocineras de la actriz, que no sería de extrañar que aparecieran en los menús del Hotel Ritz o de otro de igual categoría alguna ensalada a la Vivian o cerdo a Vivian Martín.

A título de curiosidad, publicamos una receta de cocina hecha por Vivian Martín:

«El cerdo debe ser tierno y de pierna amarilla, gordito... Después de la triste ceremonia de la muerte se debe poner de remojo, durante una hora, en agua bien fresca... Después se corta en tantos pedazos cuantas sean las bocas que lo han de devorar y se cubre bien cada pedazo de harina. Se deja caer en manteca derretida, sobre un buen fuego, en cacerola, nunca en sartén, se cubre bien la cacerola y se debe tener el mayor cuidado en no dejarlo quemar. ¡Esto es muy importante!... Después, el que lo come rebaña el plato y se chupa los dedos».

La gran ambición de Vivian es llegar a tener compañía propia.

—Estoy cansada—dice—de representar ingenuas y tengo la certidumbre de que triunfaría en papeles de mayor responsabilidad. Pero eso sólo lo podré conseguir el día que pueda tener compañía propia... Entonces escogeré mis papeles.

Es también muy entusiasta de los deportes y de toda clase de ejercicios físicos.

Es buena jugadora de tennis, guía a la perfección su automóvil, gustando mucho de exceder en carrera y velocidad lo que las leyes permiten, y por esto ha pagado ya varias veces las consecuencias.

Tiene cabellos castaños ensortijados, ojos azules oscuros y estatura un poco menos que mediana.

Su vida artística ha sido una larga sucesión de éxitos, siempre admirada y querida de los millones de personas que han tenido la oportunidad de verla en el ejercicio de su arte.

De sus películas editadas por la Paramount que todos han visto con agrado, no hay ninguna que no tenga el sello de su personalidad artística.

Al abandonar esta manufactura pasó a la Fox y actualmente está con la Goldwyn.



LA VIDA DE LA FARÁN-

DULA :: :: :: :: :: :: ::

De todas las actrices cinematográficas es tal vez Vivian Martín una de las que con mayor intensidad han vivido la vida dorada de la Farándula.

En los datos biográficos publicados anteriormente vemos que empezó su carrera teatral a la edad de seis años.

Otras artistas hay que a esa edad y antes todavía trabajaron en las tablas, bien en escenarios serios, bien en alguna función de aficionados.

Pero tales escarceos en el arte de Talía no fueron en sus vidas más que incidentes sin importancia, de los cuales, en muchos años, nadie volvió acordarse.

El caso de Vivian es diferente.

El debut de la artista en «Cyrano de Bergerac no fué un hecho aislado en su vida. Fué el comienzo de su carrera teatral.

Desde aquel día, la pequeña artista trabajó en el teatro casi diariamente, interpretando esos papelitos de niña que tanto abundan en las obras del teatro norteamericano, un poco ingenuo, un poco pueril, como para agradar a públicos sencillos, demasiado preocupados en la vida buscando el dólar, que por las noches no quieren enfrentarse con problemas psicológicos de difícil resolución.

Así fué creciendo, sin ver otra vida que la de los cómicos, tan llenas de amables mentiras, acostumbrándose a ver árboles verdaderos en los árboles pintados de los bastidores y chozas y palacios en los telones de fondo.

La falsedad la rodeó desde muy niña, y aunque la primera falsedad—la nariz de Cyrano—la acogió con protestas, no tardó en acostumbrarse a aquella vida de mentira.

Al mismo tiempo, aún sin comprender su trascendencia, el rumor de los aplausos la encantaba, como una música agradable al oído.

Ella sabía que cuando esos aplausos sonaban en su honor, debía inclinar su cuerpecito ante las manos que se juntaban y sonreír con una sonrisa natural, que no pareciese forzada.

Sabía que aquel día, todos los cómicos la felicitaban y la cogían en brazos y la besaban con entusiasmo al entrar por la primera caja de los bastidores, prolongando así, dentro del escenario, la ovación que se iniciara en la sala.

Sabía que cuando eso ocurría sus padres la mostraban con orgullo a sus compañeros.

Pero ya no sabía más, no podía saber más.

No sabía que tras los halagos de sus camaradas de profesión se ocultaba el negro gusano de la envidia y que las madres de otras hijas de la misma edad que ella sufrían por haber sido ella la preferida.

No sabía que sus padres, sus padres mismos, aprovechaban aquellos éxitos de la niña que cautivaba a los públicos para exigir del director un aumento de sueldo.

Y como nada de esto sabía, vivía feliz en su ignorancia, no viéndolo más que para el momento de salir al escenario y recoger los aplausos del público.

Así creció esa actriz, hoy famosa, que se llama Vivian Martín.

ADOLESCENCIA :: EL PRIMER AMOR :: :: :: :: ::

Y llegó un día en que Vivian Martín dejó de corretear por las calles y los campos con las hijas de los otros cómicos. Aquel día se quedó en su casa.

Estaba triste, sin saber por qué.

No deseaba, como otras veces, que llegase la noche, para vestirse sus ropas de infantita o de mendiga y salir al escenario, para sonreír ante el público que la aplaudía.

Hubiera querido que no la molestasen, que no le hablasen, que la dejaran en una soledad y en una oscuridad absoluta. Hubiera deseado cerrar los ojos y soñar con los príncipes rubios de los cuentos de hadas.

¿Qué pasaba por el ánimo de la niña traviesa y juguetona? ¿Qué anhelos imprecisos se iban formando en su corazón?

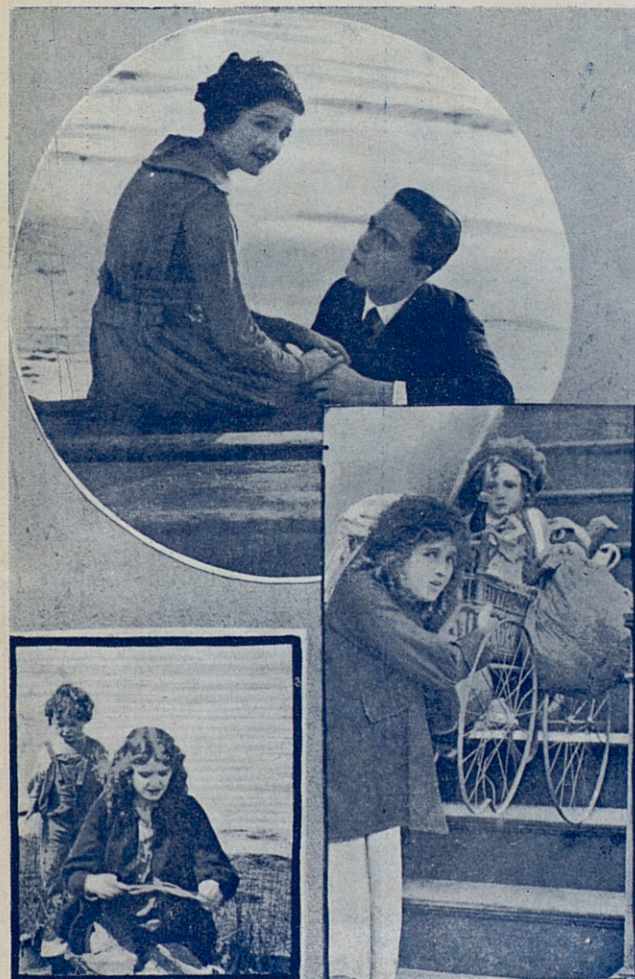
Porque Vivian Martín deseaba algo.

Era algo todavía inconcreto, todavía sin forma, que la obligaba a buscar la soledad y ponía sobre su risa cantarina un velo de melancolía.

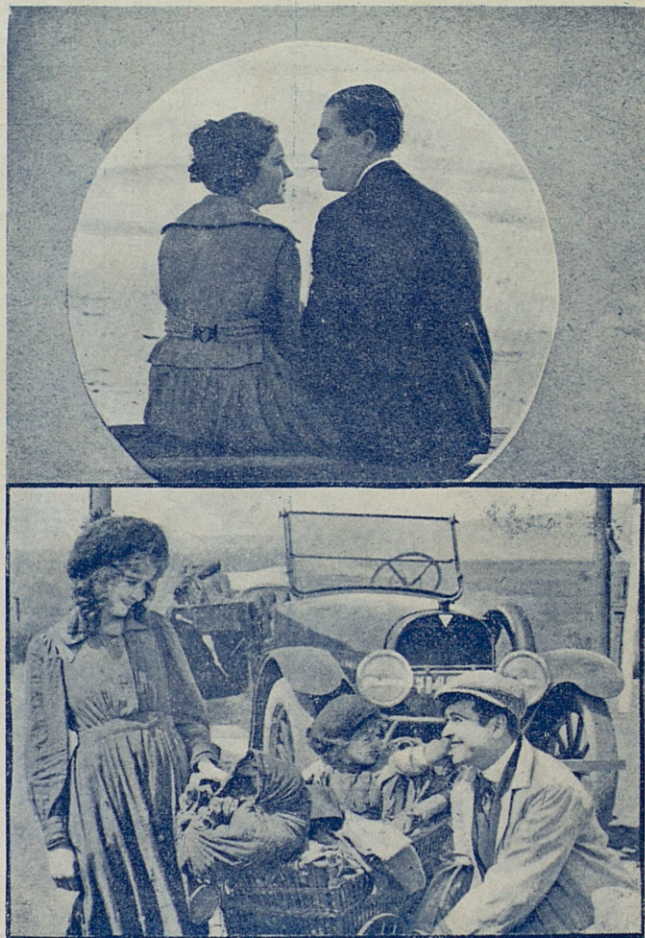
Era el amor, que llamaba por vez primera a las puertas de su corazón.



Retrato de Vivian Martín



Vivian Martín, en sus más geniales interpretaciones



Las creaciones de Vivian Martín

Hacia pocas semanas que la compañía había salido de San Francisco de California y se dirigía a hacer una *tournee* por los pueblos ricos del Oeste de las minas y de los bosques insondables.

No pasaba el ferrocarril por aquellas tierras incultas y fué preciso alquilar dos carros que atravesaban el desierto californiano, cubiertos con grandes toldos de lona blanca.

Horas y horas caminaron por la llanura, bajo un sol abrasador.

Sólo se oía, monótono, el canto de los carreteros y las interjecciones de algunos cómicos, que sentados sobre los baúles, en el interior de uno de los carros, jugaban al «écarté».

Vivian Martín gozaba con aquel viaje que separaba de lo corriente.

Ya estaba cansada de los expresos, que no permitían contemplar el paisaje ni correr por la llanura. Aquí, ella, con los hijos de los otros cómicos, bajaba a menudo del carro y andaba a pie hasta que se cansaba.

De pronto cortó el desierto un grupo de árboles altos, muy altos, que se erguían como centinelas de aquellas soledades.

Un río corría murmurante a su lado, y la caravana hizo alto en aquel lugar delicioso.

Desde allí se divisaba el pueblo, hundido entre las colinas, como dormido al lado de la paz del desierto.

Cuando llegaron al pueblo, el sol, como un balón de fuego, se hundía lentamente en el horizonte.

Aquella noche trabajaron en un teatro improvisado, que ya había sido preparado con antelación.

En uno de los entreactos, Vivian Martín salió sola a la única calle del pueblo, deseosa de contemplar aquellas gentes extrañas que montaban a caballo como centauros y disparaban tiros por cualquier menudencia.

Dos «cow-boys» estaban arrimados als quicio de una puerta, fumando en silencio. Era la puerta de un bar. La luz salía a raudales de las ventanas y se oía dentro un bullicio extraordinario.

Guiada por la curiosidad se acercó Vivian. Los dos hombres cambiaron entre sí un guiño expresivo y se dirigieron resueltamente a la muchacha, que ya empezaba a iniciarse con las galas de la puerbería.

Sin darse cuenta de lo que ocurría siguió la niña avanzando. De pronto se encontró en medio de aquellos dos hombres altos, que calzaban grandes botas de montar y mostraban en sus cinturones las culatas de sus revólvers.

Quiso huir, pero dos manos de hierro la atenazaron; unos labios que apestaban a aguardiente y a tabaco se posaron sobre los suyos, estrujándolos sin piedad.

Intentó gritar, pero la voz se ahogó en su garganta.

Entonces ocurrió algo extraordinario. Se oyó un ruido de cristales hechos añicos y se vió claramente en la ventana del bar un muchacho, vestido al modo ciudadano, que de pie y empuñando una banqueta rompía los vidrios de la ventana.

De un salto se puso el desconocido al lado de Vivian y apartándola suavemente la emprendió a puñetazos con los dos «cow-boys».

Fué una lucha épica.

Pronto salieron los concurrentes al bar y formaron círculo en torno de los luchadores, interviniendo solamente cuando la traición de los «cow-boys» amenazaba la vida del intrépido joven.

Se defendía bien el desconocido, a pesar de ser dos los que le atacaban. A los pocos minutos, uno de sus adversarios caía a tierra con las mandíbulas deshechas. El otro, al verse perdido, empuñó el revólver, pero más ágil que él, el joven le dió un puntapié en la mano y el arma fué a parar a algunos metros de distancia.

Un poco después, ya disuelto el grupo, el joven desconocido se acercó a Vivian y le dijo:

—Perdone usted, señorita, que me haya metido donde no me llamaban, pero a veces uno no puede dominar sus nervios.

Vivian se echó a reír. Le chocaba mucho aquello de los nervios y lo de pedirle perdón después de salir a su defensa.

Le preguntó:

—Cómo se llama usted?

—Me llamo Rogelio Carley y soy comisionista de licores. Ayer llegué a este pueblo y usted me ha dado ocasión de hacerme respetar un poco por los mozos, que no veían con buenos ojos mi ropa de ciudad.

Transcurrieron algunos días, y en la paz de aquel pueblo hundido entre las colinas, dormido al lado del desierto donde de tarde en tarde aullaban los lobos, nació un idilio.

Vivian Martín se había enamorado de su salvador.

Se había enamorado con un amor romántico, en el que el comisionista de licores era un héroe de leyenda.

Por eso la niña estaba triste y había olvidado sus juegos y sus risas. Por eso en su alma virgen había crecido la planta de las ilusiones. Por eso anhelos indefinidos turbaban su espíritu...

Duró el amor aquél lo que dura la vida de las mariposas.

Rogelio Carley acompañó a los cómicos durante algunas semanas mostrándoles los pueblos del desierto que él conocía de memoria, sirviéndoles de guía y de representante.

Aquellos días vivió la pequeña artista una vida de íntima felicidad, no turbada más que por el miedo de perder a su héroe.

Y uno de ellos, Rogelio Carley, llamado por su casa de Chicago, se vió obligado a abandonar la grata compañía de los actores, dejando una herida abierta en el corazón de la monísima Vivian Martín.

Así terminó aquel idilio, que dejó a la muchacha en la boca un acre sabor de lágrimas.

**«EL ANILLO DE ARENA»,
UNA DE LAS PRIMERAS
CREACIONES DE LA AR-
TISTA : : : : : : : : : :**

He aquí el argumento de esta cinta, que fué uno de los primeros éxitos de Vivian Martín:

«Mientras en los jardines del colegio los niños celebraban con una merienda el santo de su profesora, la pequeña Mary sufre silenciosamente, viendo que su vestido harapiento y sus pies desnudos le impedían mezclarse en la fiesta.

La madre de Mary era la lavandera del pueblo, una pobre mujer que trabajaba rudamente todo el día para atender a las necesidades de su hogar, triste y miserable.

Tiempo atrás ella había gozado de la vida, estando casada con el caballista Simonds, el hombre que en las pistas de los circos sabía entusiasmar a las mechedumbres.

Pero un día la infeliz le sorprendió abrazando a una *ecuyère* del mismo circo y guiada por un orgullo insensato, sin querer atender las explicaciones de él, huyó de su lado, llevándose consigo a Mary, el fruto de aquel amor frustrado...

Y vinieron los días negros de hambre y de tristeza, en que la figura pálida de la anemia fué su compañera inseparable.

En el pueblo había un trapero, hombre embrutecido por el alcohol, que tenía un hijo de la misma edad aproximadamente que Mary.

Se llamaba éste Pedro Veldon y soportaba las iras de su padre solamente por gozar de la libertad en que quedaba constantemente y por el cariño que profesaba al caballo y al perro, los dos compañeros fieles con quienes recorría constantemente la población.

Pedro gustaba de hablar con Mary y a menudo ellos se enfascaban en conversaciones complicadas, en que los sueños y las ilusiones eran los principales elementos.

Y un día un circo abrió sus puertas en aquel pueblo remoto, llenando de alegría a los viejos y a los niños.

Pedro Veldon fué de los primeros que se ofrecieron a prestar su ayuda desinteresada a los empleados del circo y esto le valió una entrada para la función de la tarde.

Entonces el hombre en miniatura se sintió galante como un abate de Versalles y regaló la entrada a su amigueta Mary, buscándose él, a fuerza de sudores, los 25 centavos que le hacían falta para comprar la suya.

Y llegó el siguiente día, que nuestros dos héroes esperaban con afán.

Pero la Fatalidad les estropeó la combinación.

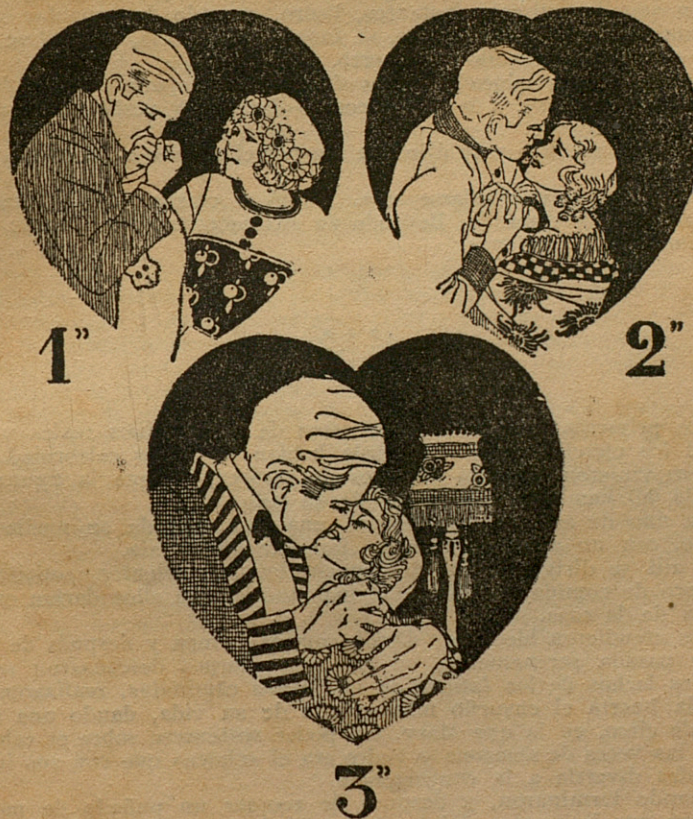
La madre de Mary, temerosa de que la sangre de artistas que su hija llevaba en las venas respondiese inmediatamente al llamamiento del anillo de arena, le rogó que no fuese al circo.

Y cuando el buen Pedro se presentó a buscar a la muchacha llevando en su mano temblorosa un ramillete de flores, Mary le dijo:

—No puedo ir, mamá no me deja. Puedes ir tú solo... pero si vas, te odiaré toda la vida.

Y ante aquella perspectiva nada agradable, el muchacho optó por quedarse al lado de Mary.

Y el ptio de la casa fué transformado en un verdadero circo ecuestre, en que la imaginación desordenada de los dos chicos era el elenco de la compañía.



Pronto vinieron días más sombríos.

La madre de Mary enfermó y fué necesario llevarla al hospital.

Mary quedó confiada a una buena vecina, la cual iría a buscarla luego que se hubiese desahogado llorando.

En aquellos mismos instantes, Pedro, cansado de aguantar la insoportable tiranía de su padre, se fugaba de la casa, llevándose consigo el carro, el caballo y el perro.

Como hombre educado, antes de marcharse para siempre fué a despedirse de Mary, a la que encontró llorando y vestida para abandonar aquella casa.

Le contó su fuga y le dijo que iba por el mundo a hacerse artista de circo.

Mary no quería quedarse sola. Subió al carrito y ambos partieron hacia lo desconocido, llevando en sus cabecitas alocadas un caudal enorme de ilusiones.

* * *

Los primeros días acampaban cerca de los caminos reales y en-
yaban los ejercicios que más tarde habían de darles celebridad.

Pero vinieron los días amargos de escasez, en que la figura es-
cuálida del hambre no se separó de su lado.

En uno de estos días divisaron una casa erguida en medio del
campo, con un aspecto íntimo y familiar que atraía.

Y allí se dirigieron los dos muchachos hambrientos, solicitando
un poco de comida a cambio de una función que ellos darían en la
huerta de la casa.

Los atendieron bien; les dieron comida y ropa y después de una
noche pasada serenamente, en que sus cuerpos descansaron sobre
blandos lechos de las fatigas de las largas caminatas, realizaron en
aquella huerta el ensueño más grande de su vida, dando una fun-
ción de circo, en la que Mary, sin poder sostenerse sobre el caballo
hacia las veces de amazona y Pedro era el «clown» que con sus inge-
nuidades divertía a la concurrencia.

Cuando terminaron, y después de recoger un puñado de mone-
das con que les sorprendió la generosidad de aquellos señores, vol-
vieron a su lento caminar por las carreteras, en busca de una gran
ciudad donde pudieran lucir su ropa y su arte.

Y la gran ciudad, semejante a un Eldorado fantástico, abrió por
fin ante ellos sus puertas de oro y los dos atrevidos errabundos pene-
traron en su interior con el secreto presentimiento de que allí les
esperaba la fortuna.

Al mismo tiempo que ellos entraba en la ciudad la polícroma ca-
ravana de un gran circo ecuestre, perteneciente al coronel Simonds,
uno de los más importantes caballeros del anillo de arena.

No se arredraron por eso nuestros dos héroes, antes bien, aprove-
chando el paso de la caravana, se colocaron ante ella y delante de
los caballos, de los camellos y de los elefantes del gran circo mar-
charon ostentando el nombre de su modestísima compañía: el circo
Mary-Veldon.

A risa tomó el coronel Simonds la competencia de los dos dimi-
nutos artistas y aun llevó su generosidad hasta el extremo de ir a
verlos trabajar.

Pero aquella chiquilla traviesa que apenas se podía sostener sobre
el caballo, despertó algunos recuerdos casi apagados en el alma del
aventurero del propietario del gran circo y propuso a los dos mucha-
chos ir a trabajar en su compañía, esperando darles al principio una
lección para enseñarles luego a trabajar y ser una notabilidad en
el gremio de artistas de circo.

Después de mucho hacerse de rogar, Mary y Pedro aceptaron el
puesto que se les ofrecía y aquella tarde trabajaron en el gran circo
Simonds.

El ridículo premió sus esfuerzos y para colmo de desgracias Mary
tuvo la de caerse del caballo y hacerse daño.

El coronel Simonds la atendió con solícita ternura y Mary, que en
su protector creyó ver algunos rasgos del retrato que guardaba cui-
dadosamente, se lo enseñó.

Y allí tuvo lugar una escena conmovedora entre el padre y la
hija, que después de muchos años volvían a encontrarse.

* * *

Al saber que su esposa se encontraba en el hospital, al día si-
guiente el coronel Simonds, acompañado de los dos muchachos, se
dirigió allí y entre sus brazos membrudos apretó el cuerpo débil
de aquella mujer a quien no había dejado de amar.

Pedro Veldon se encontró más solo que nunca.

Ya iba a marcharse para siempre, a proseguir su vida de aventura, cuando Mary le detuvo y le dijo:

—No, tú no te vas... Papá dijo que no tendría el circo si tú te marchabas.

Y temiendo que aquel hermoso circo desapareciera por su culpa, el pequeño titiritero se quedó, soñando con una vida de gloria y de triunfos...»

SILVIO H. MONTAGUD.



Tapas especiales

para encuadernar el segundo volumen de

Tras la Pantalla

comprendido desde el número 32 al 62, ambos inclusive

Precio: 1'50 pesetas

Que también mandaremos fuera de Barcelona, previo el envío de dicha cantidad por Giro Postal, con un aumento de diez céntimos por gastos de franqueo. — Certificadas: 35 céntimos. — Tapas y encuadernación: 2'50 pesetas para los lectores de la capital

Bailén, 118 (antes Bruch, 3) - Barcelona

NUESTRO BUZÓN

J. Cruz Esfinge. Madrid. Recibimos su amable carta y hemos anotado con interés sus más notables opiniones, que algunas de ellas son también nuestras.

E. Campos. Reus. Ignoramos el nombre de la artista que interpreta con Cayena la cinta que nos refiere. La casa Verdaguer, Consejo de Ciento, n.º 290, puede que le saquen de dudas.

Un malagueño curtoso. Málaga. Creemos haber contestado ya a su pregunta. Respecto al cuaderno que le falta y lo que debe hacer para adquirirlo, se lo indicará el anuncio de los cuadernos publicados que va siempre impreso en TRAS LA PANTALLA

R. Morales. Córdoba. Si está enamorado de Elinor Field, escribale y decláresele en « Vitagraph Studios », Los Angeles, (California). No tenemos muchos datos de esta novel artista. Pero estaríamos satisfechos con el de ser padrinos si la cosa llega a la vicaría. La artista que representa el papel de reina en los « Tres Mosqueteros », es Jeanne Desclos. Su dirección: 8, Square du Champ de Mars. — París - 17.º Cuidado con la bigamia.

Carlos Huracán II. Prat del Llobregat. No se impaciente que ya le llegará el turno a sus artistas favoritos. Siempre llueve, más no siempre en todas partes.

Mtrey. Barcelona. No sea inocente que no hay ningún actor que se llame «Tiger». Usted lo confundió con el título en inglés de una película.

Un boxeador catalán. Ciudad. Le recomendamos la lectura del cuaderno n.º 41 de TRAS LA PANTALLA, dedicado a María Jacobini.



ADMINISTRACION

BAILÉN, 118 - BARCELONA

(ANTES BRUCH, 3)

LISTA de los cuadernos publicados de "Tras la Pantalla":

Precio: 35 céntos.—Los encargos fuera de la capital, los serviremos mediante el envío de 40 céntos., más 35 céntos. si se desean certificados

N.º 1 Francesca Bertini, 3.ª edición.—N.º 2 Ch. Chaplin (Charlot), 3.ª edición.—N.º 3 Douglas Fairbanks, 2.ª edición.—N.º 4 Mary Pickford, 2.ª edición.—N.º 5 Charles Ray.—N.º 6 William Duncan, 2.ª edición.—N.º 7 Pearl White, 2.ª edición.—N.º 8 Gustavo Serena.—N.º 9 Pina Menichelli, 2.ª edición.—N.º 10 Max Linder.—N.º 11 Margarita Clark.—N.º 12 Eddie Polo, 2.ª edición.—N.º 13 María Walcamp.—N.º 14 Wallace Reid.—N.º 15 René Cresté.—N.º 16 Hesperia.—N.º 17 Roscoe Arbuckle (Fatty).—N.º 18 Mabel Normand.—N.º 19 William S. Hart.—N.º 20 Juanita Hansen.—N.º 21 Sessue Hayakawa.—N.º 22 Dorothy Dalton.—N.º 23 George Walsh.—N.º 24 Susana Grandais.—N.º 25 Tom Moore.—N.º 26 Norma Talmadge.—N.º 27 Harry Houdini.—N.º 28 Paulina Frederick.—N.º 29 Harold Lloyd (Él).—N.º 30 William Farnum.—N.º 31 Madge Kennedy,

La colección ricamente encuadrada de este primer volumen: 12'50 ptas.

N.º 32 Antonio Moreno.—N.º 33 Huguette Dufflos.—N.º 34 Leon Mathot.—N.º 35 Henny Porten.—N.º 36 Tom Mix.—N.º 37 Carol Holloway.—N.º 38 Tullio Carminati.—N.º 39 Geraldine Farrar.—N.º 40 Frank Mayo.—N.º 41 Maria Jacobini.—N.º 42 Harry Carey.—N.º 43 Ruth Roland.—N.º 44 Monroe Salisbury.—N.º 45 Grace Cunard.—N.º 46 Jack Pickford.—N.º 47 Alla Nazimova.—N.º 48 Ossi Oswalda.—N.º 49 «Maciste».—N.º 50 Priscilla Dean.—N.º 51 Jack Dempsey.—N.º 52 Mary Miles Minter.—N.º 53 Georges Carpentier.—N.º 54 Alice Brady.—N.º 55 F. Ford (Conde Hugo).—N.º 56 Clara Kimball Young.—N.º 57 Constance Talmadge.—N.º 58 Will Rogers.—N.º 59 Edith Johnson.—N.º 60 Mae Murray.—N.º 61 Helen Holmes.—N.º 62 Larry Semon (Tomasin)

La colección ricamente encuadrada de este segundo volumen: 12'50 ptas.

También remitiremos fuera de Barcelona estos volúmenes, mediante el envío de dicha cantidad por Giro Postal, con un aumento de 30 céntimos por franqueo; más 35 céntimos si se quieren certificados

N.º 63 Mia May.—N.º 64 Thomas Meighan.—N.º 65 Dorothy Gish.—N.º 66 Charles Hutchison.—N.º 67 Elsie Ferguson.—N.º 68 Taylor Holmes.—N.º 69 Italia Almirante Manzini.—N.º 70 Joe Ryan (Puñales)